

VERDAD, REALIDAD Y CIENCIA EN C. S. PEIRCE

M^a Uxía Rivas Monroy
Universidade de Santiago de Compostela

Resumen

El objetivo principal de este trabajo es tratar de mostrar la complejidad que el tema de la verdad implica desde la perspectiva teórica de uno de los fundadores del pragmatismo: C. S. Peirce. En este sentido, se destaca, por un lado, la importancia de dos factores: el acuerdo de la comunidad científica y la realidad; por otro lado, y relacionado con los aspectos anteriores, se analiza la verdad desde la perspectiva de las categorías peirceanas de primero, segundo y tercero.

Palabras clave: C. S. Peirce, realidad, universal, verdad, ciencia, realismo, categorías, falibilismo, primeridad, segundidad, terceridad.

Abstract

The main aim of this paper is to show the complexity involved in the analysis of the truth done by one of the founders of pragmatism: C. S. Peirce. In the paper it will be emphasized, on the one hand, the importance of two issues: the agreement of the scientific community and reality; on the other hand, and related with the mentioned aspects, the truth will be analysed from the perspective of the peircean first, second and third categories.

Keywords: C. S. Peirce, reality, universal, truth, science, categories, fallibilism, Firstness, Secondness, Thirdness.

1. Introducción

En Peirce el asunto de la verdad es mucho más amplio y va mucho más allá de la consideración de la verdad como la propiedad de un enunciado. La verdad, para Peirce, se configura teniendo en cuenta múltiples elementos, entre los cuales ocupa un lugar prioritario *la comunidad de estudiosos o investigadores*. En este sentido, la verdad precisa del acuerdo de la comunidad científica, y se opone claramente a cualquier individualismo posible. La verdad también es concebida por Peirce como un proceso sin límites regido por el destino, o la naturaleza. La verdad es, pues, un objetivo ideal que nunca se consigue plenamente, pero que en el momento actual, si se produce el acuerdo de las personas dedicadas a la investigación, permite que el conocimiento que ellas expresan se considere verdadero, aunque siempre abierto al falibilismo. El acuerdo de los científicos puede ser invalidado por la naturaleza que, como una fuerza bruta y resistente, no encaja en las teorías que aquellos proponen. Por lo tanto hay que reestructurar, cambiar,

o reescribir las teorías para que éstas den cuenta de aquello que se nos enfrenta y resiste. La verdad presenta en Peirce, por lo tanto, el matiz de un valor carente de límites, ya que es como un objetivo ideal que nunca llega a conseguirse completamente, pero al que inevitablemente tiende la investigación científica, y que, por consiguiente, motiva y estimula el conocimiento. La verdad, de llegar a conseguirse, sería la opinión final que estaba predestinada a ser.

Para la aclaración de lo que es la verdad es muy importante, en mi opinión, tener presente su estrecha vinculación con otro tema complejo: *la realidad*. Éste es el otro aspecto al que Peirce dedica mucha atención, y que resulta ser también básico para comprender su concepción de la verdad. Peirce examina detalladamente una de las dimensiones más problemáticas sobre este asunto, a saber, la realidad de los universales. La discusión sobre si los objetos espacio-temporales son reales o no parece menos conflictiva, ya que de algún modo son lo otro distinto del sujeto, perceptibles, tangibles y sobre los que es posible un cierto acuerdo a partir de los datos experimentados ante su presencia; casi todos parecen coincidir en considerar a los objetos naturales independientes de nosotros en su existencia. Los predicados, los géneros naturales, o, en terminología más tradicional, los universales se prestan con más motivos a la disputa y el desacuerdo, ya que carecen de la espacio-temporalidad propia de los objetos y de su peculiar concreción. Con los universales ya no está tan claro si son tan completamente independientes de nosotros como lo son los objetos, puesto que de alguna manera parecen depender de nuestra mente, de nuestro pensamiento, de nuestro lenguaje o de nuestra categorización. Por supuesto, el tema es bastante problemático, ya que una de las primeras dificultades que presenta es saber qué se entiende por realidad y real, y en este punto las definiciones son tan variadas y tantas como los autores que las proponen. Aquí presentaré la concepción de Peirce en torno a este tema, poniendo especialmente de relieve los dos aspectos mencionados: el acuerdo de la comunidad de investigadores y la realidad. Dejaré ligeramente de lado el otro aspecto fundamental del asunto que implica directamente a la representación, al lenguaje y a los signos, en definitiva, al enfoque semiótico del tema, que fluye a través de toda la obra de Peirce, o —casi podría decirse sin miedo a la hipérbole— es toda la obra de Peirce.

2. Ciencia, verdad y la hipótesis realista

Putnam señala en algunos de sus trabajos (*Pragmatism, Words & Life*) que quizás la lección más importante del pragmatismo americano sea que se puede ser al mismo tiempo falibilista y antiescéptico. Los rasgos que este autor destaca como los más atractivos del pragmatismo americano son, además del falibilismo y el antiescepticismo, que no acepte la dicotomía entre hechos y valores, y que mantenga que la práctica sea fundamental en filo-

sofía. Peirce representa, ciertamente, la aceptación de estos valores como guía de la investigación y del ansia por conocer que caracteriza, según él afirma, a las personas dedicadas a la ciencia.

Antes de continuar quisiera poner de relieve la concepción de la ciencia que tiene Peirce, porque me parece muy actual, y ampliamente aceptada hoy en día. Y también quisiera, aunque muy brevemente, presentar la concepción que este autor tiene del método de la ciencia, por su directa vinculación con lo que él denomina la hipótesis de que hay cosas reales.

Peirce entiende la ciencia como «una entidad histórica viva» (CP. 1.44)¹, que no consiste meramente en conocimiento o incluso en conocimiento organizado, sino que como entidad viva trabajan en ella aquel tipo de personas que, en su opinión, se destacan porque para ellas no hay nada más grande que la razón; son personas que tienen pasión por aprender, pero que autocontrolan ese impulso en su intento de «penetrar en la razón de las cosas» (CP. 1.44). Por otra parte la ciencia es una entidad histórica, porque ya desde el comienzo de la humanidad hubo personas comprometidas con esta actitud que caracteriza a los hombres y mujeres de ciencia, y porque todo conocimiento, para Peirce, se apoya y se basa siempre en conocimientos precedentes —esta afirmación no es más que una ampliación y generalización del proceso más básico del funcionamiento de los signos, que a pesar del enorme peso que tiene en la obra de Peirce, aquí dejaremos parcialmente de lado.

Esta concepción de la ciencia de Peirce coincide con lo que los filósofos de la ciencia empezaron a poner de manifiesto desde mediados de este siglo, en parte como consecuencia del debilitamiento del Positivismo Lógico y su actitud respecto al conocimiento. Autores como Kuhn o Feyerabend empezaron a considerar los factores históricos, las condiciones sociales en las que se desarrolla la actividad científica; todo ello acabó, finalmente, destacando la importancia de los valores en este quehacer, no sólo científicos en *strictu senso* —como objetividad, simplicidad, economía, etc., propios de las teorías— sino también éticos, políticos, económicos, etc. Putnam, por ejemplo, es uno de los autores que más hincapié hace en el rechazo de las dicotomías, especialmente la tajante distinción entre hechos y valores.

El método de la ciencia es el que más garantías ofrece para el establecimiento de la creencia, frente a otros como el método de la tenacidad, el de la autoridad, o el del a priori. La duda es para Peirce un estado de inquietud e insatisfacción del que tratamos de liberarnos para pasar a un estado de creencia. El proceso por el cual la duda se disipa es la investigación, y el fin de cualquier indagación es el establecimiento de la creencia. Decir esto viene a ser lo mismo que decir que el fin de la investigación es alcanzar la verdad, ya que al obtener una creencia firme la investigación cesa, pues, como afirma

¹ CP. es la abreviatura tradicionalmente empleada para referirse a los *Collected Papers* de Peirce. La localización de un texto en los CP. se indica con un primer número para referirse al volumen, más otro número para señalar el párrafo en el que se encuentra el texto.

Peirce en «La fijación de la creencia» (1877)², pensamos de cada una de nuestras creencias que es verdadera y afirmar esto mismo sería una tautología.

En este artículo Peirce dice que la hipótesis más fundamental del método científico es la de que hay cosas reales que tienen características independientes de lo que nosotros podamos pensar sobre ellas. Dicho de otro modo, el método de la ciencia, el método que, en sus palabras, «ha cosechado los más maravillosos triunfos en el modo de establecer la opinión» (*op. cit.*, p. 195), es aquel «mediante el cual nuestras creencias puedan determinarse, no por algo humano, sino por algo permanente externo, por algo en lo que nuestro pensamiento no tenga efecto alguno» (*ibid.*, p. 194); ese algo externo es lo que afecta a los sentidos y es la causa de nuestras sensaciones, aunque puedan ser diversas en los distintos seres humanos. Éstos ayudándose de la reflexión sobre las mismas y aplicando el método de la investigación científica, llegarían a la misma conclusión última, es decir, a la única conclusión verdadera. Así pues, la hipótesis de que hay cosas reales es el apoyo fundamental de este método de investigación, en opinión de Peirce³, y aunque este método no pueda probar su hipótesis, por lo menos la investigación desarrollada según sus pautas no lleva a una conclusión contraria. Además Peirce considera que lo que los seres humanos quieren es que sus opiniones coincidan con los hechos, y esto es un prerrogativa que sólo puede conseguir el método científico.

² La mayor parte de los textos de Peirce a los que hago mención en este artículo se encuentran traducidos en el libro *El hombre, un signo*. Me referiré a este libro con las siglas *HS*. A continuación indicaré los títulos originales de los textos de Peirce que aparecen en este libro, junto con su localización en los *CP*, siguiendo una ordenación cronológica.

1868: «Some consequences of four incapacities» (*CP* 5.264-317). Trad.: «Algunas consecuencias de cuatro incapacidades» (*HS*, pp. 88-122).

1871: «Fraser's edition of the work of George Berkeley» (*CP* 8.7-38). Trad.: «Las obras de Berkeley» (*HS*, pp. 58-87).

1877: «The fixation of belief» (*CP* 5.358-387). Trad.: «La fijación de la creencia» (*HS*, pp. 175-199).

1878: «How to make our ideas clear» (*CP* 5.388-410). Trad.: «Cómo esclarecer nuestras ideas» (*HS*, pp. 200-223).

1903: «Three types of reasoning» (*CP* 5.151-179). Trad.: «Algunas categorías de la razón sintética. Apartado A: 'Tres tipos de razonamiento'» (*HS*, pp. 123-141).

1905: «Issues of pragmatism» (*CP* 5.438-463). Trad.: «Temas del pragmatismo» (*HS*, pp. 224-250).

³ Lo mismo podríamos decir de Frege, cuando ante la posible objeción del idealista o del escéptico de cómo sabemos que los signos tienen referencia, o que algo tenga referencia, Frege responde que *nuestro propósito* no es hablar ni de representaciones ni de sentidos, y por eso *presuponemos referencias a los nombres*, aun cuando podamos estar equivocados (Cfr. «Sobre sentido y referencia», p. 57). En esta misma línea se expresa Frege en «El pensamiento»: «Mediante el paso con el cual conquisto un entorno me expongo al peligro del error... No puedo dudar de que tengo una impresión visual de verde, pero no es tan seguro que yo veo una hoja de tilo... podemos arriesgarnos a emitir juicios sobre las cosas del mundo exterior. Y tenemos que arriesgarnos a ello, incluso teniendo en cuenta el peligro del error, si no queremos caer en peligros aún mayores» (*op. cit.*, pp. 77-78).

3. Algunas características de lo real

En el artículo de 1868 «Algunas consecuencias de cuatro incapacidades», Peirce critica la filosofía cartesiana, a pesar de reconocer que Descartes es el padre de la filosofía moderna, y que el cartesianismo supuso un avance con respecto al pensamiento escolástico, al desplazar los métodos empleados por éste para conseguir la certeza. Peirce resume en cuatro puntos las ventajas del cartesianismo frente al escolasticismo; sin embargo, estos cuatro aspectos son completamente insuficientes, en su opinión, para constituir los pilares en los que se apoya la ciencia y la lógica modernas. Peirce cuestiona especialmente la duda metódica como máxima ya que, en su opinión, la duda debe ser real y no programática. Diez años más tarde en su escrito de 1878 «Cómo esclarecer nuestras ideas», valora el escepticismo inicial que supuso el método cartesiano como un progreso frente al escolástico, que se basaba en la autoridad como fuente última de la verdad. Sin embargo, Peirce considera que Descartes, al encontrar una verdad indudable en la conciencia individual a través de la introspección, sitúa la fuente natural de los principios verdaderos en la mente humana, y por ello en el método que Peirce llama apriorístico. Pero este método no es el que caracteriza la actividad científica, que se basa en el acuerdo de la comunidad de científicos. Según los principios que rigen este método, una teoría está a prueba hasta que se logra el acuerdo; por consiguiente, la cuestión de la certeza es ociosa, como indica Peirce, porque una vez logrado el acuerdo nadie la pone en duda.

En el primer artículo mencionado —«Algunas consecuencias de cuatro incapacidades»— Peirce establece cuatro proposiciones en oposición al cartesianismo, que son las siguientes: «1. No tenemos ningún poder de introspección, sino que todo el conocimiento del mundo interno se deriva de nuestro conocimiento de los hechos externos por razonamiento hipotético. 2. No tenemos ningún poder de intuición, sino que toda cognición está lógicamente determinada por cogniciones previas. 3. No tenemos ninguna capacidad de pensar sin signos. 4. No tenemos ninguna concepción de lo absolutamente incognoscible» (*HS.*, p. 90).

Son muchas las consecuencias que se podrían obtener de estos principios, y Peirce las desarrolla ampliamente, prestando especial atención a los distintos procesos de razonamiento y a las relaciones entre pensamiento y signo. Pero a mí aquí me gustaría destacar una de las primeras concepciones de la realidad y lo real que presenta Peirce al comentar más en detalle la última de las proposiciones, y que marca las pautas con las que abordará en otros escritos el tema de la realidad y la verdad.

Peirce distingue en este artículo entre cogniciones cuyos objetos son reales y cogniciones cuyos objetos son irreales. Por lo tanto se ve obligado a indicar qué es lo que entiende por real. Desde un punto de vista puramente experiencial o fenomenológico, la idea que tenemos de real se obtiene por negación; parece más fácil indicar qué es lo no real, como las alucinaciones, las ilusiones, los sueños, los errores, etc., que comprometerse con una concepción

en positivo acerca de lo real⁴. Así pues, Peirce señala, en primer lugar, que nos formamos un concepto de lo real «cuando descubrimos un irreal, una ilusión, es decir, cuando nos corregimos por vez primera» (*HS.*, p. 118). A continuación pasa a exponer su concepción de lo real:

- (I) «Lo real, pues, es aquello a lo que, más pronto o más tarde, aboca la información y el razonamiento, y que en consecuencia es independiente de los antojos tuyos o míos. Por lo tanto, el auténtico origen del concepto de realidad muestra que el mismo implica esencialmente la noción de *Comunidad*, sin límites definidos, y susceptible de un crecimiento indefinido del conocimiento. Y, así, aquellas dos series de cognición —la real y la irreal— constan de aquellas que la comunidad seguirá siempre reafirmando en un tiempo suficientemente futuro; y de aquellas que, bajo las mismas condiciones, seguirá siempre negando. Ahora bien, en base a nuestro principio, una proposición cuya falsedad no puede nunca llegar a descubrirse, y cuyo error por tanto es absolutamente incognoscible, no contiene absolutamente error alguno. Consecuentemente, lo que en estas cogniciones se piensa es lo real, tal como realmente es» (*HS.*, p. 118).

El mayor interés, en mi opinión, de la concepción de realidad y verdad en Peirce, radica en su aparente sencillez y en lo próximo que se encuentra al sentido común. Esto no es extraño, ya que el propio Peirce califica algunas veces su pensamiento como sentido común crítico⁵. La calificación de crítico quiere significar, por un lado, que este sentido común está directamente relacionado con el pensamiento kantiano, del que el propio Peirce se reconoce deudor; pero, por otro lado, quiere significar una modificación del kantismo⁶.

En la cita (I) se encuentran muchos de los rasgos que caracterizan la concepción de la realidad (y la verdad y el conocimiento) en Peirce.

1. Lo real es independiente de lo que cada sujeto arbitrariamente pueda pensar o desear, pero no es independiente de aquello en lo que todos los sujetos, con suficiente información y aplicando correctamente el razonamiento, se podrían poner de acuerdo. Es decir, lo real no depende de la voluntad individual de uno o muchos individuos. En el artículo de 1871, «Las obras

⁴ Unos años más tarde, en el artículo «Las obras de Berkeley» (1871), se expresa en términos parecidos, indicando que los objetos se pueden dividir en ficciones, sueños, etc., y en realidades. Las ficciones o los sueños se caracterizan por existir en tanto los imaginamos, y por lo tanto son dependientes del sujeto para su existencia. Las realidades, al contrario, tienen una existencia independiente de la mente de cualquier individuo, o de un número cualquiera de personas.

⁵ Por ejemplo en «Temas del pragmatismo» (1905), siendo ésta una consecuencia de su pragmatismo (Cfr. *HS.*, p. 227).

⁶ «Basta que el kantiano abjure, desde el fondo de su corazón, de la proposición de que, por muy implícitamente que sea, puede concebirse una cosa-en-sí-misma, (...) para encontrar que se ha transformado en un representante del sentido común crítico» (*HS.*, p. 242). Sin embargo, en un escrito de juventud «Lección sobre Kant» (1865) parece reconocer que el propio Kant considera que nada puede decirse o preguntarse sobre las cosas-en-sí: «Pero, ¿se sigue de aquí que la teoría de Kant sea opuesta al sentido común? De ninguna manera, pues el sentido común no tiene nada que ver con las cosas-en-sí. Si ustedes preguntasen a Kant, ¿están las cosas-en-sí en el espacio y tiempo? él no respondería sí o no, sino que rechazaría la cuestión como sin-sentido, pues dado que todo lo que podemos conocer o pensar son objetivos relativos al pensamiento —fenómenos, por tanto, no cosas-en-sí— él no sólo postula que no puede decirse nada de éstas, sino que tampoco puede consistentemente preguntarse nada sobre las mismas» (*HS.*, p. 52).

de Berkeley», lo expresa con más claridad: «Esta opinión final es, pues, independiente, no en efecto del pensamiento en general, sino de todo aquello que es arbitrario e individual en el pensamiento; es totalmente independiente de cómo pensamos ustedes, o yo, o un número cualquiera de personas. En consecuencia, es real todo aquello que en la opinión final se piensa que existe, y nada más» (HS., p. 66). Precisamente en otro artículo de esta época, «La fijación de la creencia» (1877), insiste en que el método científico de investigación supone una ventaja sobre otros métodos porque desarrolla la concepción de la verdad como algo público.

2. Lo real, como consecuencia del punto anterior, implica a la comunidad, no a cualquier comunidad, sino a aquella formada por personas que tratan de buscar la razón de las cosas, es decir, una comunidad especializada por sus métodos de trabajo e investigación, guiados por el objetivo común del conocimiento desinteresado de nuestro entorno: la comunidad de científicos. Son los científicos los que deben lograr el acuerdo en base a la información acumulada, a la experiencia y a los procesos de razonamiento. Este acuerdo es lo que constituye la verdad. Lo característico de la investigación científica es, como indica en «Cómo esclarecer nuestras ideas», que los resultados de los diferentes científicos «convergen ineludiblemente hacia un centro de destino» (HS., p. 220):

(II) «Mentes diferentes pueden partir con los más antagónicos puntos, pero el progreso de la investigación, por una fuerza exterior a las mismas, las lleva a la misma y única conclusión. Esta actividad del pensamiento que nos lleva, no donde deseamos, sino a fin preordenado, es como la operación del destino. Ninguna modificación del punto de vista adoptado, ninguna selección de otros hechos de estudio, ni tampoco ninguna propensión natural de la mente, pueden posibilitar que un hombre escape a la opinión predestinada. Esta enorme esperanza se encarna en el concepto de verdad y realidad. La opinión destinada a que todos los que investigan estén por último de acuerdo en ella es lo que significamos por verdad, y el objeto representado en esta opinión es lo real. Esta es la manera cómo explicaría yo la realidad» (HS., pp. 220-221).

En este texto aparece otro componente más en la configuración de la verdad: la fuerza exterior, que comentaré con más detalle en otro apartado debido a su importancia en conexión con el tema del realismo.

3. Los límites del conocimiento y, por lo tanto, de la verdad no son definidos, ya que en efecto el propio conocimiento nunca tiene fin, y por ello es como un *continuum* que crece indefinidamente. Entonces la cuestión que surge de inmediato es que, si tenemos que esperar a que el acuerdo definitivo se produzca al final de la investigación, cuando ésta se va desarrollando a lo largo del tiempo, nunca podremos alcanzar la verdad, y por lo tanto nunca podremos tener proposiciones verdaderas —ya que tendríamos que esperar al final de los tiempos—, y en consecuencia, tampoco tendríamos ninguna concepción de lo real. La respuesta de Peirce sería, por un lado, que «en muchas cuestiones se ha alcanzado ya el acuerdo final, con suficiente tiempo se alcanzará en todo» (HS., p. 65). Por otro lado, Peirce considera que es

verdadero, y por lo tanto real, lo que hasta ahora no se ha podido probar como erróneo, lo que no se ha falsado. Eso es lo que hasta el momento presente es lo real. Por lo tanto, Peirce, como buen científico, acepta el falibilismo: es posible que en un determinado momento ante la fuerza de los hechos tengamos que rechazar lo que veníamos considerando verdadero. Nuestro conocimiento es falible, porque «[t]oda opinión y pensamiento humano contiene un elemento accidental, arbitrario, dependiente de las limitaciones de las circunstancias, del poder y de las inclinaciones del individuo, en suma, un elemento de error. Pero, a la larga, la opinión humana tiende universalmente a una forma definida, que es la verdad» (*ibid.*).

Peirce considera que la lista de verdades con las que trabaja la ciencia pura es provisional. Estas verdades establecidas son proposiciones a las que ninguna persona con conocimiento suficiente sobre el tema pone objeciones. Por eso suelen ser proposiciones que se mantienen durante un largo período de tiempo, pero no por ello son proposiciones que no puedan ser refutadas. En el caso de que esto ocurra, la opinión de Peirce es que el científico estaría contento de deshacerse de un error (*CP*. 1.635).

4. La cuarta proposición que Peirce opone al cartesianismo y que afirmaba que no tenemos ninguna concepción de lo absolutamente incognoscible, se relaciona con varias ideas. La que destacaré en este contexto es la de que al ser la realidad, por una parte, dependiente del pensamiento en general, ya que lo real es lo que se expresa en una proposición verdadera, Peirce no puede aceptar la idea de cosas-en-sí. Esto último sería comprometerse con la existencia de cosas «con independencia de toda relación al concepto que la mente tenga de ella[s]» (*HS.*, p. 66) y por lo que Peirce apuesta es por negar «que haya realidad alguna que sea incognoscible en sí misma, de tal manera que la mente no la pueda captar» (*HS.*, p. 67). Para Peirce lo que es absolutamente incognoscible no puede tener nunca la categoría de real, porque no somos capaces de concebirlo, es decir, no somos capaces de pensarlo, y tampoco somos capaces de expresarlo a través de un enunciado verdadero⁷.

4. Verdad y realidad desde las categorías cenopitagóricas

Prácticamente toda la obra de Peirce está organizada en torno a las categorías que él denomina cenopitagóricas. Desde un punto de vista meramente formal se identifican con los números uno, dos y tres, y con las propiedades de orden que ellos implican. Pero desde un punto de vista metafísico Peirce las hace corresponder con las categorías de cualidad, hecho y ley, respectivamente, y entre otras. Señalaré cómo y en qué sentido cada una de ellas está relacionada con la verdad y la realidad, para de este modo

⁷ «Brevemente, *cognoscibilidad* ['cognizability'] (en su más amplio sentido) y *ser* ['being'] no son simplemente metafísicamente lo mismo, sino que son términos sinónimos» (*CP*. 5.257).

comprender mejor todos los aspectos que configuran la noción de verdad que Peirce propone.

4.1. Verdad y realidad: la importancia de la categoría de primero

La categoría de primero se corresponde con la de cualidad, pero para Peirce el ser de la cualidad es la posibilidad, la cual no depende de nada para ser; no depende ni de una mente que la perciba ni de una cosa material que la posea. Peirce afirma que la cualidad es perfectamente simple y sin partes, y que la idea de posibilidad encaja en la de primeridad si prescindimos de la relación que la posibilidad implica con lo que existe, porque en este caso estaría ya presente la idea de segundo; es decir, si prescindimos de que la idea de posibilidad implique la de efectividad, la de actualidad o la de llegar a ser (Cfr. *CP*. 1.422). La cualidad predomina en la idea de sentir, en la idea de un todo sin partes y no analizable, es decir, predomina en la sensación como un mero sentir, y no en la sensación en la medida en que representa algo.

Para el tema que nos ocupa, nos centraremos en las cualidades entendidas como propiedades, esto es, generales o —en una acepción más tradicional y clásica— universales. Peirce presta mucha atención a este tema, ya que son muchos los lugares en sus escritos en los que lo aborda una y otra vez, remontándose incluso a la época escolástica en la que la discusión sobre los universales estuvo más viva.

La pregunta que resume el meollo de la controversia es tan simple y a la vez tan compleja como esta: ¿son los universales reales? Dicho de otro modo un poco más elaborado, la pregunta es la de si los universales sólo son palabras que agrupan a clases de individuos que se parecen unos a otros en ciertos aspectos, o si los universales son propiedades y relaciones que son tan reales como los individuos, aunque su existencia sea de otro tipo. Los nominalistas defienden la primera opción, los realistas la segunda. Para los nominalistas, por lo tanto, no hay propiedades universales, ya que sólo existen los singulares o entes individuales. Para los realistas, además de los individuos, también hay propiedades universales.

Peirce formula esta discusión de distintas maneras. Las más próximas al enfoque tradicional aparecen en el escrito «Las obras de Berkeley» (1871), en el que realiza un pormenorizado y clarificador análisis histórico sobre este tema. Una de esas formulaciones es la siguiente: a) «La cuestión, por tanto, es la de si *hombre, caballo*, u otros nombres de clases naturales, se corresponden con algo que todos los hombres, o todos los caballos tienen realmente en común, independientemente de nuestro pensamiento, o de si estas clases están simplemente constituidas por un parecido, a la manera como nuestras mentes están afectadas por objetos individuales, que en sí mismos no tienen ningún parecido o relación» (*HS*, p. 64). Otra formulación del asunto en este mismo artículo es: b) si el universal está realmente en

las cosas o si su existencia se deriva sólo de la mente. En «Lecciones de la historia de la filosofía» presenta la pregunta de un modo ligeramente diferente, incorporando su propia terminología: c) «¿Son la *leyes* y los *tipos* generales quimeras de la mente o son reales?» (CP. 1.16).

Por supuesto, decir que las cualidades, los predicados o los universales son reales implica tener una concepción acerca de qué es la realidad. Como ya se vio, lo real es para Peirce «no lo que se nos pueda ocurrir pensar, sino aquello a lo que no le afecta lo que del mismo podamos pensar» (HS., p. 64). Lo real es, pues, aquello que es exterior a la mente, es decir, que está fuera de la mente y es independiente de ella, y en este sentido hay que reconocer que hay entidades reales que son universales⁸. El realismo sobre los universales no debe entenderse como la doctrina de que cualquier universal sea real⁹, o la de que los universales son solamente cosas en el mismo sentido que lo son los objetos singulares. Desde esta perspectiva, la doctrina clásica que más convence a Peirce es la de Duns Scoto, hasta tal punto que en «La esencia del razonar» se declara un «realista scotista» (CP. 4.50).

El aspecto fundamental que Peirce destaca de su interpretación de Duns Scoto aparece en «Las obras de Berkeley»¹⁰, y se resume en la idea de que la existencia de entidades externas a la mente o internas a la mente no deberían concebirse como dos modos heterogéneos de ser, excluyentes entre sí. Una cosa puede ser externa a la mente y, sin embargo, nuestro acceso cognoscitivo a la misma no ser independiente de nuestra mente; es más, se da una coincidencia total entre nuestra experiencia de los objetos y su ser realmente tal y como nosotros los experimentamos: «Cuando una cosa está en relación tal con la mente individual que ésta la capta cognitivamente,

⁸ Ya que para él los universales aun siendo independientes de cómo los individuos concretos puedan pensarlos, no son independientes de la mente y el pensamiento, es decir, no son completamente exteriores a la mente. Los universales son reales en el sentido en que Peirce entiende lo real: «aquello que en la opinión final se piensa que existe», y «esta opinión final es pues, independiente, no en efecto del pensamiento en general, sino de todo aquello que es arbitrario e individual en el pensamiento; es totalmente independiente de como pensamos ustedes, o yo, o un número cualquiera de personas» (HS., p. 66).

⁹ Cfr. S. Haack, «Extreme Scholastic Realism: Its Relevance to Philosophy of Science Today».

¹⁰ Esta interpretación puede resumirse en las siguientes citas:

a) «Scoto niega que el conocimiento *actual* de lo universal sea necesario a su existencia. El objeto de la ciencia es universal; y si la existencia de lo universal dependiese de lo que se nos ocurriese estar pensando, la ciencia no se referiría a nada real... [N]o hay universalidad alguna en una cosa, si se considera como independiente de su ser captada cognitivamente» (HS., p. 70).

b) «... [T]al naturaleza [esto es, clase de cosas, como hombre o caballo] hay que considerarla como algo que por sí mismo no es ni universal ni singular, sino que es universal en la mente, singular en las cosas fuera de la mente» (*ibid.*).

c) «Si, por lo tanto, se pregunta si lo universal está en las cosas, la respuesta es que la naturaleza [la clase de cosas, el predicado] que en la mente es universal, y que no es en sí misma singular, existe en las cosas» (*ibid.*).

d) «La verdad, por lo tanto, es que esta naturaleza real, que existe in re, aparte de toda acción del intelecto, aunque en sí misma, aparte de sus relaciones, sea singular, es actualmente universal en tanto existe en relación con la mente. Pero este universal difiere sólo del singular en la manera de estar concebido (*formaliter*), pero no en la de su existencia (*realiter*)» (*ibid.*, p. 71).

está en la mente, y su estar en la mente no disminuye en lo más mínimo su existencia externa... Distinguir entre el concepto verdadero de una cosa y la cosa misma, dirá él [realista], es sólo considerar una y la misma cosa desde dos puntos de vista diferentes; pues en un juicio verdadero el objeto inmediato del pensamiento es la realidad» (HS., 68).

En un escrito posterior «La lógica de relaciones» (1897) Peirce afirma que el gran error de los nominalistas es considerar que una idea, o un predicado, es una cosa sin vida porque no tiene el modo de existencia característico de las cosas, esto es, la estidad, el ser esto o aquello. Así pues, mientras los nominalistas afirman que la abstracción o el universal es un *mero* nombre, y los realistas mantienen que el universal es real, Peirce entiende que si estas afirmaciones se modifican convenientemente, lo que ellas aseveran sería probablemente verdadero o correcto. En este sentido, únicamente sería necesario, por un lado, suprimir «mero» en la afirmación nominalista, con lo cual tendríamos que un universal es un nombre, es decir, que lo que la palabra significa es real; y por otro lado, sustituir en la afirmación realista «es» por «puede ser», es decir, suponer que tanto la experiencia como la razón coincidirían, en el resultado final, en mantener la verdad del predicado (Cfr. CP., 3.460).

Resumiendo lo hasta aquí indicado: Peirce considera que la categoría de primero, metafísicamente entendida como cualidad o predicado, tiene un modo de ser real, independiente de nosotros; es decir, los predicados no precisan de los seres humanos para ser, ni dependen de lo que a nosotros se nos ocurra pensar que son; ya que no se ven afectados en absoluto por lo que nosotros particularmente podamos pensar de ellos. Por ejemplo, el predicado «dureza», según Peirce, no es inventado por los seres humanos como lo es la palabra que lo denota, sino que la dureza está «realmente y verdaderamente» en las cosas que son duras (Cfr. CP., 1.16).

Así, por un lado, Peirce presenta algunos de los rasgos característicos de la cualidad, en el sentido de primeridad: es autosubsistente y autoinclusiva. Su ser no depende de que alguna cosa material la posea ni tampoco depende de la mente para ser (CP. 1.422). El conocimiento actual o efectivo de un predicado no es necesario para su ser. Aunque las cualidades, propiedades o relaciones se presentan en los objetos, se predicán de ellos, y nosotros las experimentamos, Peirce, desde su defensa del realismo de los universales, considera que, en general, una cualidad sensorial es sólo una posibilidad de la sensación, ya que la posibilidad sigue siendo posible aunque no sea real [existente], puesto que ni las sensaciones ni las facultades sensitivas son requisito para la posibilidad: «es imposible sostener consistentemente que una cualidad sólo existe cuando realmente es intrínseca a un cuerpo» (*ibid.*).

Pero, por otro lado, los universales son captados por la mente cada vez que en un juicio verdadero atribuimos una propiedad a un objeto. Los predicados o conceptos se encuentran en todos los juicios, dice Peirce, y recurre al siguiente ejemplo: «Es perfectamente cierto que todas las cosas blancas poseen la blancura, pero esto es lo mismo que decir con otras palabras que

todas las cosas blancas son blancas; pero ya que es verdad que las cosas reales poseen blancura, la blancura es real» (*HS.*, p. 65). Con lo cual vemos en qué sentido se puede decir que los universales son reales; aunque nuestro conocimiento de su realidad dependa de que los juicios en los que ellos aparezcan sean verdaderos, ya que lo real es lo que expresa un juicio verdadero. Así es, pues, cómo llegamos a conocer la realidad de los universales, aunque nuestro conocimiento de la misma no sea requisito para su ser, o su ser real.

4.2. Verdad y realidad: la importancia de la categoría de segundo

La segundidad es la categoría que representa las nociones que más comúnmente asociamos con la realidad, esto es, la categoría de objeto, de hecho, en suma, de existencia. La segundidad se refiere a lo que está aquí y ahora, lo que es esto o aquello, en definitiva, lo que es singular. De todos los rasgos que definen la existencia, o también la realidad, los dos en los que más insiste Peirce son: a) en su independencia de cualquier mente¹¹, y b) en su resistencia, su reacción o su brutalidad.

Son múltiples las definiciones de lo real en las que Peirce afirma lo real como lo que se nos opone, nos ofrece resistencia y nos obliga a reconocerlo como estando ahí, ejerciendo su presión cuando lo encasillamos en rótulos que no le cuadran, que no le convienen. Aparte de otros rasgos propios de la segundidad, ejemplificada en los hechos, tales como que un hecho consiste en que su modo de ser es la existencia, que es lo que está aquí con independencia de cualquier razón, que implica fuerza bruta, algunos textos de Peirce insisten, y mucho, en las dos características antes indicadas:

- a) «En la idea de realidad predomina la segundidad. Lo real es aquello que insiste en forzar su reconocimiento como algún *otro* distinto a la creación mental» («Algunas categorías de la razón sintética», *HS.*, p. 129)
- b) «Siempre que llegamos a conocer un hecho es por su resistencia hacia nosotros. Un hombre puede caminar por Wall Street debatiendo en su interior la existencia de un mundo externo; pero si en su oscuro estudio se da un empujón contra alguien que airadamente se aparta y lo tira al suelo, el escéptico probablemente no llevaría su escepticismo tan lejos como para dudar de que algo más que el ego estaba implicado en este fenómeno. La resistencia le muestra que algo independiente de él está allí» («La lógica de las matemáticas», *CP.* 1. 431).
- c) «La experiencia es aquella determinación de la creencia y la cognición con la que generalmente el curso de la vida ha forzado al hombre. Se puede mentir sobre ella; pero no se puede escapar al hecho de que algunas cosas *están* forzando a esta cognición. Hay un elemento de fuerza bruta existiendo tanto si tú opinas que existe como si no» («¿Por qué estudiar lógica?», *CP.* 2.138).

¹¹ Ya vimos como este rasgo es extensible a los universales, que por ello son considerados reales, aunque no existentes; esto es, los universales tienen realidad porque son independientes de cualquier mente que los pueda pensar, pero no pertenecen a la categoría de segundidad porque no son existentes.

- d) «Engañate como quieras, pero tú tienes una experiencia directa de algo que reacciona frente a ti... El hecho de la reacción permanece. Está la proposición de que es así, sea lo que sea lo que tú opines sobre ello. La esencia de la verdad radica en su resistencia a ser ignorada» («¿Por qué estudiar lógica?», CP. 2.139).

Y por eso los hechos son fuerza bruta, que no está mediada por la razón. La categoría de segundo, como tal, no es aún terceridad, lo cual quiere decir que la manera de entender la segundidad es simplemente como aquello que se nos opone y se nos resiste, sin que medie una interpretación de lo que eso significa. Pero ¿por qué es tan importante, entonces, la categoría de segundo, de existencia, de hecho? Se pueden indicar dos razones, entre otras: primero, porque la fuente, el origen del conocimiento está en la experiencia, y lo que experimentamos son hechos y objetos que se nos resisten y reaccionan frente a nosotros; y segundo, porque el que exista algo que no depende de nuestro pensamiento particular para ser evita la completa arbitrariedad del conocimiento. La realidad se impone en su modo de ser, y la verdad no puede ignorar este hecho.

4.3. Verdad y realidad: la importancia de la categoría de tercero

La categoría de tercero es la más importante de las propuestas por Peirce. Es la categoría de la ley, de la razón, del pensamiento, de la inteligibilidad, en suma, de la representación, entendida no como representación privada, sino como representación signica, pública y objetiva. La terceridad es la que dota de sentido y significatividad a los hechos y a los existentes, entendidos como fuerza bruta. Gracias al pensamiento y a la razón que se proyecta sobre ellos, los hechos no son meras reacciones, meras resistencias, sino que también significan algo, representan algo, es decir, se hacen inteligibles.

Pero la terceridad contiene también la idea de generalidad, de regularidad, de hábito, de continuo, de infinito. Y son estos elementos los que en mayor grado caracterizan la investigación científica, que no puede contentarse simplemente con la categoría de hecho. Los hechos son aquí y ahora, y son irrepetibles en su mismidad. Una colección de hechos nunca proporciona generalidad ni ley. La razón y el pensamiento, haciendo uso, por un lado, de la experiencia y los juicios perceptivos y, por otro lado, de los procesos básicos de razonamiento —deducción, inducción y abducción o hipótesis— dota de inteligibilidad y sentido lo que de otro modo no sentiríamos más que como mera resistencia. La ciencia se ocupa de la formulación de leyes, que se repiten sin cesar y sin fin, y de las predicciones con respecto al futuro que estas leyes satisfacen. En este sentido afirma Peirce: «[E]l modo de ser que *consiste* en el hecho de que futuros hechos de Segundidad tendrán un determinado carácter general, yo lo llamo una Terceridad» («Lecciones de la historia de la filosofía», CP. 1.26).

La significación lo cubre todo y llena completamente el mundo. Nuestro acceso al mundo es siempre a un mundo representado a través del lenguaje

y los sistemas de signos. La verdad se dice de una proposición, porque es la proposición la que expresa, la que representa lingüísticamente lo que es así, el hecho, la segundidad. Por eso se da una coincidencia entre la verdad de la proposición y el hecho inteligible que ella expresa [o al que ella se refiere]. Como acertadamente señala S. Haack «[l]o que percibimos son cosas particulares y eventos; pero nuestros juicios perceptivos, ya que predicen algún término general de un objeto particular o un evento, ya implican un elemento de generalidad»¹².

Peirce elabora muy pormenorizadamente y de múltiples formas esta categoría de la terceridad, directamente vinculada con la lógica y la semiótica, entendida esta última como una lógica en sentido amplio. Por eso es imposible abordarla aquí en toda su complejidad y sus múltiples implicaciones.

Quiero finalizar este apartado recogiendo una afirmación, de J. Pérez de Tudela, que expresa claramente lo que yo he estado intentando poner aquí de manifiesto:

«Sólo si en el mundo hay, además de lo existente, esa otra esfera real de los conceptos y de las leyes, de todo aquello cuyo modo de ser consiste en determinar la Segundidad, podremos confiar en que al trabajar con predicados que por esencia se aplican a más casos de los precisables seguimos, pese a todo, en un ámbito determinante de realidad. Para Peirce, la verdad es una ciencia cuya meta no son tanto los hechos cuanto el significado que determina a esos hechos; no tanto las cosas cuanto las disposiciones o hábitos que esas cosas encarnan, coimplica pues inexcusablemente la verdad de la Terceridad: la verdad, en otros términos, de lo irreductible y autónomo del ámbito de la significación»¹³.

5. ¿Por qué la ciencia tiene que ser realista?

La realidad parece, pues, necesaria para dotar de sentido a la ciencia y a toda actividad científica. Peirce considera que la realidad es la hipótesis característica del método científico, el cual está siempre abierto al falibilismo: «Nunca podemos estar absolutamente seguros de nada, ni podemos averiguar con toda probabilidad el valor exacto de cualquier medida o *ratio* general. Esta es mi conclusión, después de muchos años de estudio de lógica de la ciencia» (CP. 1.147).

Peirce considera que la ciencia debe ser realista y no nominalista, precisamente porque la ciencia está empeñada en lograr la verdad, esto es, en conseguir llegar a la razón de las cosas. Esto no puede depender de lo que una persona o un grupo de personas piense arbitrariamente, ya que la realidad siempre tiene algo que decir; es más, los objetos y los hechos existentes están ahí y ahora enfrentándonos, reaccionando. Por eso reconocemos a los objetos como externos a nosotros:

¹² S. Haack, «Extreme Scholastic Realism: Its Relevance to Philosophy of Science Today», p. 26.

¹³ J. Pérez de Tudela, «Notas para un debate: neopositivismo y pragmatismo ante el problema del conocer», pp. 80-81.

- a) «Para satisfacer nuestras dudas es necesario, por tanto, encontrar un método mediante el cual nuestras creencias puedan determinarse, no por algo humano, sino por algo permanente externo, por algo en lo que nuestro pensamiento no tenga efecto alguno... Nuestro algo permanente externo no sería, en nuestro sentido, externo si su ámbito de influencia se redujese a un individuo. Tiene que ser algo que afecte, o pueda afectar, a cada hombre. Y aun cuando tales afecciones son necesariamente tan diversas como lo son las condiciones individuales, con todo el método ha de ser tal que la conclusión última de cada una sea la misma [Nota: o sería la misma si se persistiese lo suficiente en la indagación (1903)]. Tal es el método de la ciencia» («La fijación de la creencia», *HS.*, p. 194)
- b) «Tú ciertamente opinas que hay una cosa tal como la Verdad. De otro modo, el razonamiento y el pensamiento no tendrían una finalidad. ¿Qué quieres decir por hay una cosa tal como la Verdad? Quieres decir que algo es Así —es correcto, o [es] simplemente— tanto si tú, o yo, o cualquiera piensa que es así o no... La esencia de la opinión es que hay algo que es Así, sin importar que haya un abrumador voto en contra de ella» («¿Por qué estudiar lógica?», *CP.* 2.135).

Pero, como ya se vio, que el mundo externo aporte su parte a lo que llamamos verdad no resta para que en última instancia la verdad se diga de una representación signíca, esto es, de una Terceridad. El mundo como Segundidad simplemente es, y nada significa. Es el lenguaje y toda representación signíca la que dota de sentido a los hechos y objetos; por eso, dice Peirce: «un realista es simplemente aquel que no conoce más recóndita realidad que la se representa en una representación verdadera» (*HS.*, p. 119). Así, no todo puede ser únicamente representación, ni pensamiento, ni lenguaje, ni razón. Aquello que es segundo, que es independiente en su existencia de nuestras representaciones, de nuestro lenguaje, de nuestro pensamiento y de nuestra razón, está dando sentido a la propia actividad científica. Lo que ansiamos es el conocimiento de nuestro entorno, de los objetos y los hechos. Queremos conocer para transformar el mundo, o simplemente para conocerlo.

Otro aspecto que me gustaría destacar es que la verdad es entendida por Peirce como una meta ideal y sin límites fijos. La verdad es, en el momento presente, un objetivo sólo parcialmente conseguido, ya que depende del estado actual de conocimiento de los grupos sociales dedicados a la investigación con el fin de solventar las dudas que la propia realidad presenta. Para conseguir este ideal que es la verdad tendría que darse también la situación ideal, esto es, llegar a un momento tal de conocimiento en el que pudiéramos poner un punto final. Esto supone, además de disponer de toda la información posible respecto a los objetos o a los hechos, un acuerdo conjunto de todas las personas dedicadas a la investigación y a la ciencia en general. Es decir, la verdad es en sí misma un ideal, que presupone, al menos, otros dos ideales: a) saber que se tiene una información completa respecto al asunto que nos interesa, y b) lograr el acuerdo de la comunidad de investigadores. El método científico es el que más se acerca a estos inalcanzables objetivos: «El ensayo durante estos tres siglos de este método empírico en la ciencia natural —...— nos estimula a confiar en que estamos acercándonos más y más hacia una opinión que no está destinada a ser destruida, aun cuando

no podemos esperar nunca alcanzar por completo este objetivo ideal» (HS., p. 196, nota 22).

Aunque Peirce conciba la verdad como un objetivo ideal al que tendemos, ello no es óbice para que en el momento presente, dado el actual estado de conocimiento que poseemos y con los acuerdos hasta ahora logrados en ciertos campos, no podamos decir que determinados enunciados son verdaderos y que lo que ellos representan es la realidad. No tenemos nada mejor en que apoyarnos.

Bibliografía

- Frege, G., *Estudios sobre semántica*, Barcelona, Ed. Ariel, 1973.
 — *Investigaciones filosóficas*, Madrid, Ed. Tecnos, 1984.
 Haack, S., «'Extreme Scholastic Realism': Its Relevance to Philosophy of Science Today», *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, Vol. XXVIII, n^o 1, 1992, pp. 19-50.
 Hookway, C., *Peirce*, London, Ed. Routledge & Keagan Paul, 1985.
 Peirce, C. S., *Collected Papers*, Cambridge, Massachussets, Ed. Harvard University Press, 1978-79-80.
 — *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, Vols. 1-5, Bloomington, Ed. Indiana University Press, 1982-1993.
 — *Obra lógico-semiótica*, Madrid, Ed. Taurus, 1987.
 — *El hombre, un signo*, Barcelona, Ed. Crítica, 1988.
 Pérez de Tudela, J., «Notas para un debate: neopositivismo y pragmatismo ante el problema del conocer», *Anuario del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid*, Vol. VIII, curso 1991-1992, pp. 65-81.
 Putnam, H., *Words & Life*, Cambridge, Mass., Ed. Harvard University Press, 1994.
 — *Pragmatism: An Open Question*, Oxford, Ed. Blackwell, 1995.